

DE CIUDADANO A USUARIO. CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN DIGITAL

STEFANO PIETROPAOLI¹

SUMARIO: 1. Capitalismo desenfrenado: ¿no hay alternativa?; 2. Democracia a medias: democracia directa y tecnologías de la comunicación; 3. La revolución inexistente: del ciudadano al usuario.

RESUMEN: La parábola de la ciudadanía moderna, en la que los individuos se movían dentro de comunidades políticas ante las que se sentían responsables, ha llegado a su fin. El ciudadano se ha convertido en un consumidor, un mero usuario pasivo de los distintos servicios que se le ofrecen, que expresa sus decisiones de la misma manera que expresa sus preferencias de compra. Si la vida del usuario se proyecta cada vez más en la red, la dimensión política y jurídica individual también sufre el mismo destino. Asistimos así a una dataficación integral de la personalidad, con consecuencias muy significativas en cuanto a la protección efectiva de las libertades y el ejercicio concreto de los derechos fundamentales. El discurso democrático ya no es posible porque el usuario es estructuralmente afásico: no hay discurso, sino sólo opiniones, en un ciberespacio fragmentado y polarizado, donde la gente puede hacer resonar sus convicciones sin ninguna apertura al diálogo y, a menudo, con una violencia híbrida -suspendida entre lo virtual y lo real- pero no menos terrible.

PALABRAS CLAVE: ciudadanía, revolución digital, democracia, tecnologías informáticas, derechos.

ABSTRACT: The paradigm of modern citizenship, in which individuals moved within political communities to which they felt accountable, has come to an end. The citizen has become a consumer, a mere passive user of the various services on offer, expressing his or her decisions in the same way as he or she expresses his or her purchasing preferences. If the user's life is increasingly projected onto the web, the individual political and legal dimension also suffers the same fate. We are thus witnessing a comprehensive datafication of the personality, with very significant consequences in terms of the effective protection of freedoms and the concrete exercise of fundamental rights. Democratic discourse is no longer possible because the user is structurally aphasic: there is

¹ Profesor Titular (acreditado como Catedrático) de Filosofía del derecho de la Università degli Studi di Firenze.

no discourse, only opinions, in a fragmented and polarized cyberspace, where people can make their convictions resound without any openness to dialogue and often with a violence hybrid - suspended between the virtual and the real - but no less terrible.

KEYWORDS: citizenship, digital revolution, democracy, computer technology, rights.

1. CAPITALISMO DESENFRENADO: ¿NO HAY ALTERNATIVA?

La obra maestra del capitalismo es haber hecho creer a la gente que no hay alternativa a él. Al situarse “más allá” de las ideologías, el capitalismo ha impuesto la idea de que no necesita un enemigo (porque ya lo ha derrotado), no necesita propaganda (porque ya ha convencido), no necesita consenso (porque ya lo ha ganado). Como ideología que ha aniquilado a otras ideologías (incluida la ideología democrática)², el capitalismo se ha establecido como la única post-ideología, utilizando un dispositivo retórico según el cual ni siquiera es posible imaginar alternativas³.

Margaret Thatcher lo dijo en los años 80: “No hay alternativa”. Y así ha sido. Como ha captado Mark Fisher con extraordinaria eficacia, el capitalismo simplemente ha ocupado todo el horizonte de lo pensable⁴. Y, tomando prestada una frase atribuida a Slavoj Žižek, se ha vuelto más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

Queda por ver si en esta fase de capitalismo rampante -es decir, de capitalismo financiero⁵- queda algo de la democracia del siglo XX, o si queda algo de ella, al menos en un escenario ya plenamente “postdemocrático”⁶. En cualquier caso, hay que reconocer que las élites ideológico-políticas de las que hablaban

2 Sobre este tema, véase L. Canfora, *La democracia: historia de una ideología* (2004), Crítica, Barcelona, 2004. Del mismo autor, véase también *Crítica de la retórica democrática* (2002), Crítica, Barcelona 2003.

3 F.L. Block, *Capitalism. The Future of an Illusion*, University of California Press, Oakland 2018.

4 M. Fisher, *¿Realismo capitalista: No hay alternativa?*(2009), Caja Negra, Buenos Aires 2018.

5 La referencia obligada es L. Gallino, *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*, Einaudi, Turín 2011. Del mismo autor véase también: *Globalizzazione e diseguaglianze*, Laterza, Roma-Bari 2000; *Il lavoro non è una merce. Contro la flessibilità*, Laterza, Roma-Bari 2007; *Con i soldi degli altri. Il capitalismo per procura contro l'economia*, Einaudi, Turín 2009; *La lotta di classe dopo la lotta di classe*, entrevista a cargo de P. Borgna, Laterza, Roma-Bari 2012.

6 Sobre la “democracia” y los diferentes significados que ha asumido históricamente, sigue siendo un punto de referencia M. Finley, *Vieja y nueva democracia y otros ensayos* (1973), Ariel, Barcelona 1980.

Weber y Schumpeter se han disuelto en las democracias occidentales⁷. Junto a ellas, han desaparecido los partidos políticos, transformados esencialmente en movimientos de opinión, sin una estructura organizativa ramificada y arraigada en el territorio, y que han sustituido a los antiguos dirigentes de los partidos por supuestos líderes destinados a un rápido ascenso y a una caída igualmente rápida.

El capitalismo se ha esmerado en no arrancarle el manto a la democracia para poder explotar su desgastada pero persistente eficacia legitimadora. Así, ha logrado construir regímenes “democráticos” de nombre, pero que en realidad son la prerrogativa de oligarquías tecnocráticas impulsadas por la fe en la economía de mercado⁸.

Si, en una primera fase, la democracia había conseguido contrarrestar el impulso capitalista, logrando un equilibrio transitorio, aunque satisfactorio, entre el crecimiento económico y la construcción del Estado de Bienestar, en una segunda fase -marcada por “crisis” cada vez más graves⁹- el capitalismo se impuso de forma perentoria y se acentuaron las desigualdades sociales: la democracia fue derrotada¹⁰. Tras dos siglos en los que el ascenso de las instituciones democráticas parecía irresistible, esta parábola evolutiva se interrumpió en los años ochenta¹¹. El Estado de bienestar ha sido desmantelado, la protección de los derechos sociales se ha vuelto cada vez más inviable y el ejercicio real de los derechos políticos y civiles se ha reducido drásticamente¹².

La democracia del siglo XX ha dado paso a regímenes dirigidos por oligarquías tecnocráticas orientadas exclusivamente al “crecimiento” y la “gobernabilidad”¹³. Además, este resultado no hace más que confirmar la incompatibilidad genética entre las formas de organización económica capitalistas y los regímenes democráticos capaces de reducir las desigualdades¹⁴: la “des-demo-

7 J. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942), Aguilar, 1968. Para una reconstrucción completa, un punto de referencia sigue siendo G. Sartori, *The Theory of Democracy Revisited*, 2 voll., Chatham House Publishers, Chatham (N.J.) 1987.

8 Cf. P. Rosanvallon, *La legitimidad democrática: imparcialidad, reflexividad y proximidad* (2008), Paidós, Barcelona 2010.

9 Baste recordar M. Crozier, S.P. Huntington, J. Watanuki, *The Crisis of Democracy: Report of the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York University Press, New York 1975. Sobre el tema véase ahora A. Burgio, *Senza democrazia. Un'analisi della crisi*, DeriveApprodi, Roma 2009.

10 D. Palano, *La democrazia senza qualità. Le “promesse non mantenute” della teoria democratica*, Mimesis, Milán 2015.

11 O. Höffe, *Democracy in an Age of Globalization*, Springer Verlag, New York 2007.

12 N. Hertz, *The Silent Takeover. Global Capitalism and the Death of Democracy*, Arrow, London 2002.

13 Sobre este tema remito a las agudas observaciones de G. Itzcovich, “Mitologie della governabilità. Storia e critica di un concetto”, en *Ragion pratica*, 1, 2016, pp. 9-34.

14 Para una lectura diferente pero equilibrada y problematizadora, véase, cfr. C. Trigilia, “Capitalismo e democrazia politica. Crescita e uguaglianza si possono conciliare?”, en *il Mulino*, 2, 2019, pp. 177-195.

cratización” del capitalismo mencionada por Wolfgang Streeck¹⁵ confirma lo precario del equilibrio entre capitalismo y democracia en el siglo XX¹⁶.

La victoria del capitalismo (ahora en su versión “neoliberal”), sin embargo, no parece completa. En primer lugar, el Estado, degradado retóricamente hasta convertirse en una inútil reliquia del siglo XX¹⁷, ha mostrado cierta vitalidad residual¹⁸. Además, el propio capitalismo ha demostrado la necesidad de un aparato estatal para sobrevivir (basta pensar en la crisis de 2008 y en el coro neoliberal que pedía la intervención del Estado para ayudar al sistema bancario). Ciertamente, de los tres grandes monopolios que el Estado ha intentado construir durante la modernidad -la toma de decisiones políticas, la producción normativa, el uso legítimo de la fuerza- sólo el último parece seguir (al menos parcialmente) intacto. Pero también es cierto que el aparato administrativo del Estado ha demostrado ser una ayuda indispensable para una ideología que, mientras se burla de él como una floritura o un obstáculo, en la práctica lo utiliza más bien como un brazo armado, o como una hucha que hay que romper cuando se necesita.

En segundo lugar, las crisis económicas de los últimos años han erosionado la creencia generalizada en un sistema que prometía un bienestar colectivo cada vez mayor y la construcción de una sociedad civil mundial pacífica y rica, pero que ha revelado que sólo unos pocos se benefician de él (enormemente)¹⁹.

La desesperación ante el “fin de la historia” y la imposibilidad de un *quid sub sole novi* ha ido acompañada, sin embargo, de la esperanza (a menudo en tono mesiánico) en un “acontecimiento” capaz de cambiarlo todo. Esta fe

15 W. Streeck, *Gekaufte Zeit: die vertagte Krise des demokratischen Kapitalismus*, Suhrkamp, Berlín 2013.

16 Sin embargo, en la última década del siglo XX no faltaron las interpretaciones esperanzadoras de un renacimiento de la democracia tras el fin de la Guerra Fría. Véase, por ejemplo, A. Giddens, *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Polity Press, Cambridge 1998 y S.P. Huntington, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press, Norman 1991. Para una propuesta más calibrada, véase R. Dworkin, *Is Democracy Possible Here? Principles for a New Political Debate*, Princeton University Press, Princeton (N.J.) 2006.

17 Muchas han sido las necropsias que han certificado la muerte del Estado. Véase K. Ohmae, *The End of the Nation State: The Rise of Regional Economies*, The Free Press, New York 1995. Sobre la tesis de la superación del Estado-nación en una dirección cosmopolita, véase D. Held, *Democracy and the Global Order: From the Modern State to Cosmopolitan Governance*, Polity Press, Cambridge 1995.

18 Cf. A. Pizzorno (ed.), *La democrazia di fronte allo Stato. Una discussione sulle difficoltà della politica moderna*, Feltrinelli, Milán 2010 y C. Galli, *Il disagio della democrazia*, Einaudi, Turín 2011.

19 La literatura sobre el tema es extraordinariamente amplia. Me limitaré aquí a recordar que muchas de las cuestiones críticas que hoy son evidentes ya habían sido señaladas tras la caída del Muro: véase al menos R.A. Dahl, *Democracy and Its Critics*, Yale University Press, New Haven 1989 y D. Zolo, *La democrazia difficile*, Editori Riuniti, Roma 1989. En esta perspectiva particular véanse J.D. Nagle, A. Mahr, *Democracy and Democratization. Post Communist Europe in Comparative Perspective*, Sage, London 1999; D. Grassi, *Le nuove democrazie. I processi di democratizzazione dopo la caduta del Muro di Berlino*, il Mulino, Bolonia 2008.

alimenta una actitud alternativa hacia la democracia. Por un lado, hay quienes se sienten traicionados por la democracia, hasta el punto de odiarla²⁰, como una forma inevitablemente corrupta de ejercer el poder, a la que sería preferible una gestión más personalista (y muscular) del gobierno²¹. Por otro lado, hay quienes, partiendo de una crítica más o menos severa al statu quo, ven la única posibilidad de reformular la democracia en términos de participación directa de los ciudadanos en la toma de decisiones políticas. Sólo a través de la democracia directa, se argumenta, es posible recuperar la capacidad de decidir sobre las grandes cuestiones políticas de nuestro tiempo, desde la catástrofe ecológica hasta la migración masiva. Cansado de disfrutar de una triste libertad “negativa”, el votante deja de ejercer su derecho al voto, para no legitimar más a una clase política a la que considera inexorablemente corrupta e incapaz de representarle. Por otra parte, en esta perspectiva, votar a un partido en lugar de otro no supondría ningún cambio efectivo en los objetivos políticos que se persiguen.

2. DEMOCRACIA A MEDIAS: DEMOCRACIA DIRECTA Y TECNOLOGÍAS DE LA COMUNICACIÓN

En la perspectiva indicada, la única forma que se considera capaz de revitalizar la democracia parece ser la democracia “directa”.²²

Si la vieja democracia, dirigida por élites moribundas o corruptas, ha fracasado, ¿por qué no pensar que un ejercicio des-intermediado²³ de las libertades políticas puede volver a convertir al ciudadano en un sujeto que habla, es escuchado, elige y decide?

La democracia directa tiene una larga historia. Hoy en día, se mueve en un escenario completamente nuevo: tras las épocas de la “multitud”, luego de la “masa”, y después del “público”, ahora estamos en la era del “enjambre”. Como es sabido, esta última expresión fue utilizada por Byung-Chul Han para indicar el modo específico en que los habitantes digitales de la red se reúnen (sin juntarse) y se disuelven tan rápidamente como se formaron al permanecer aislados, siendo incapaces de desarrollar energías políticas²⁴.

Como ha argumentado de manera convincente Damiano Palano²⁵, la sucesión de las diferentes fases de la democracia directa puede hacerse correspon-

20 J. Rancière, *La haine de la démocratie*, La Fabrique, Paris 2005.

21 La literatura sobre este tema es ahora extraordinariamente amplia. Entre los primeros textos que reflexionan sobre el cambio de escenario de los años 90, remito al de Y. Mény, Y. Surel (eds.), *Par le peuple, pour le peuple. Le populisme et les démocraties*, Fayard, Paris 2000.

22 Y. Papadopoulos, *Démocratie Directe*, Economica, Paris 1998.

23 Para enmarcar el tema véase C. Biancalana (ed.), *Disintermediazione e nuove forme di rappresentazione*, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, Milán 2018.

24 B.-Ch. Han, *En el enjambre* (2013), Herder, Barcelona 2014.

25 D. Palano, *Bubble Democracy. La fine del pubblico e la nuova polarizzazione*, Scholé, Milán 2020.

der primero con la aparición del parlamentarismo, después con la democracia de partidos, la democracia de la audiencia (*audience democracy*) y, finalmente, con lo que podemos llamar democracia de burbujas (*bubble democracy*). La crítica a la partidocracia y el impulso a la personalización de la política -elementos que ya caracterizaban a la “democracia pública”- se han conjugado en una nueva dinámica de la relación entre los ciudadanos y las tecnologías de la información y la comunicación: si antes los votantes eran oyentes de radio y televidentes, pero seguían siendo una “audiencia”, un público que veía un espectáculo común, ahora se convierten en “burbujas” autorreferenciales y fragmentadas, incapaces de expresar la unidad política.

La difusión de los medios de comunicación de masas - especialmente la televisión - ya había desempeñado un papel decisivo en la transformación de la democracia del siglo XX²⁶. La “revolución digital” se ha convertido en parte de este proceso, con consecuencias extraordinariamente importantes²⁷. Algunos lo han visto como un acontecimiento capaz de insuflar nueva vida a la democracia. Sin embargo, parece que hay muchas razones para ser cautelosos y reflexionar más detenidamente sobre el potencial democrático real de la revolución digital²⁸.

En un debate a menudo dominado por la polarización entre “apocalípticos e integrados” - neoluditas y fanáticos de la tecnología, nostálgicos del papel y adictos a los píxeles - una de las tesis más argumentadas es la del irresistible poder emancipador de las tecnologías digitales²⁹. La web, en este contexto, se considera tanto una poderosa herramienta para implementar el conocimiento en general (y la competencia política en particular),³⁰ cuanto un medio para ofrecer nuevas formas de participación democrática, desde el voto electrónico hasta los referendos instantáneos.

En cuanto a esto último, no cabe duda de que las nuevas tecnologías pueden proporcionar herramientas con una gran capacidad democratizadora³¹. Pero dichos instrumentos deben utilizarse en un contexto político y jurídico en

26 Profético en muchos aspectos es el análisis de D. Zolo, *Il principato democratico. Per una teoria realistica della democrazia*, Feltrinelli, Milano 1992.

27 Entre los entusiastas de la superioridad de la inteligencia colectiva generada por la red se encuentra P. Lévy, *Ciberdemocracia: ensayo sobre filosofía política* (2002), UOC, Barcelona 2004.

28 Una acusación dura y documentada de la retórica democrática generalizada puede encontrarse en G. Gilder, *Life After Google*, Regner Gateway, Washington D.C. 2018.

29 En un sentido crítico C. Formenti, *Cybersoviet. Utopie postdemocratiche e nuovi media*, Raffaello Cortina, Milán 2008.

30 Un agudo análisis crítico de este punto se encuentra en A.J. Mathew, “The Myth of the Decentralised Internet”, en *Internet Policy Review*, 5, 2016, p. 3.

31 Stefano Rodotà ha escrito textos fundamentales sobre el tema, de los que recuerdo aquí al menos S. Rodotà, *Tecnopolitica. La democrazia e le nuove tecnologie della comunicazione*, Roma-Bari, Laterza 1997 (ed. Ampliada en 2004), e *Iperdemocrazia*, Laterza, Roma-Bari 2013. Véase también G. Fioriglio, *Democrazia elettronica. Presupposti e strumenti*, Cedam-Wolters Kluwer, Padua, 2017 y G. Gometz, *Democrazia elettronica. Teoria e tecniche*, EtS, Pisa, 2017.

el que este impulso de democratización sea capaz de lograr efectos coherentes y no distorsionantes. Un ejemplo por encima de todos: el voto electrónico³². Está claro que el uso de un sistema de votación digital - que permite a las personas expresar su preferencia a través de un terminal (en lugar de lápiz y papel) y, por lo tanto, un recuento electrónico sin errores y la comunicación inmediata de los resultados - sólo es compatible con los principios establecidos de personalidad, igualdad, libertad y secreto si se utiliza en un colegio electoral “tripulado”. Votar con un clic del ratón desde el ordenador de casa, incluso con el uso de sofisticados sistemas de autenticación, no tendría obviamente nada de “democrático”.

Esta última consideración, me parece, invita a una reflexión más general sobre las tecnologías digitales y sobre cómo la Red ha sufrido una evolución que la ha distanciado cada vez más de los medios que la precedieron. Al principio de su historia, la “web” era una sofisticada herramienta de comunicación que podía ser gestionada por unas pocas personas que, gracias a sus conocimientos informáticos, eran capaces de comunicarse a través de máquinas. El increíble aumento de la potencia de cálculo de los procesadores hizo posible rápidamente el desarrollo de sistemas operativos cada vez más fáciles de usar, de modo que incluso los niños de preescolar (y los primates, como demuestra la curiosa historia del macaco Naruto) podían crear contenidos digitales.

La web se ha “*des-medializado*”: cualquier persona con un dispositivo y acceso a la Red puede producir y difundir información.

La posibilidad de interacción entre individuos sin limitaciones geográficas -que ahora ofrecen las tecnologías, accesibles también a usuarios sin conocimientos informáticos- fue saludada a principios de la última década del siglo XX como el inicio de un proceso imparable de democratización³³. Pero la ingenuidad de esta visión ha quedado demostrada por la historia reciente de la Red: de la idea original de una red “distribuida”³⁴, se ha pasado a una “descentralizada” pero policéntrica³⁵. En otras palabras, la evolución de la Red ha dado lugar a nuevas formas de concentración de poder, lo que hace que esté cada vez más dominada por oligopolios privados.

Los usuarios de la Red han pasado de ser meros consumidores a productores de información. Esta es la cuestión fundamental: el aumento exponencial de los datos y de la información no se corresponde en absoluto con un aumento de la capacidad de los usuarios para seleccionar la información, desarrollando así su propio conocimiento (por no hablar del “conocimiento tácito” del que

32 Sobre este tema remito en general a las consideraciones de M. Mancarella, *eVoting e nuove dimensioni della democrazia*, Tangram Edizioni Scientifiche, Trento 2013.

33 M. Castells, *The Rise of the Network Society. The Information Age: Economy, Society and Culture*, Blackwell, Cambridge (Mass.), Oxford 1996.

34 Una perspectiva que ya captó lúcidamente P. Baran, “On Distributed Communications Networks”, en *IEEE Transactions on Communications Systems*, 12, 1964, pp. 1-9.

35 Para un resumen técnico, véase S.N. Dorogovtsev, J.F.F. Mendes, *Evolution of Networks: From Biological Networks to the Internet and WWW*, Oxford University Press, Oxford 2013.

hablaba Polanyi), su propio sentido crítico, su propia competencia política. En la época del Big data, la variedad y la complejidad de la información son tan grandes que desaniman a las personas a tomar caminos críticos y las invitan a encerrarse en una completa autorreferencialidad.

Los algoritmos recorren ahora todos los procesos de toma de decisiones, desde la definición de la probabilidad de reincidencia de un condenado, hasta la selección del próximo libro a leer, pasando por la compra y venta de acciones en la bolsa o la búsqueda de la relación de pareja que mejor se adapte a nuestras necesidades³⁶. Este escenario está dominado por una absoluta sensación de impotencia por parte de la mayoría de los ciudadanos, la retórica de la caja negra algorítmica y la hipóstasis de la Técnica. Pero detrás de cada elección en el campo tecnológico sigue habiendo seres humanos, cuyas acciones escapan a cualquier control democrático. Como ha señalado Bernard Stiegler, Marx y Engels ya habían argumentado que el hombre es un ser técnico. Como tal, se siente atraído por sus técnicas. Existe entonces una clase dirigente que se apodera de este poder de atracción técnica para dominar a los atraídos. Y esto está en el orden de las cosas³⁷.

La creciente complejidad de la sociedad digital y la escasez de conocimientos informáticos están provocando la progresiva incapacidad de los actores sociales para controlar y seleccionar críticamente sus fuentes cognitivas, hasta el punto de paralizar su capacidad de análisis. Esta última consistiría precisamente en la posibilidad de excluir lo que no es esencial: una operación que hoy está asfixiada por el flujo de información que nos abruma³⁸.

Una mayor conocibilidad no es lo mismo que un mayor conocimiento. Más información no significa mejores decisiones. Por el contrario, el exceso de información crea una nube electrónica que ofusca la visión. Como argumentó Han: la información se ha de-formado y la comunicación es ahora acumulativa.

3. LA REVOLUCIÓN INEXISTENTE: DEL CIUDADANO AL USUARIO

Las tecnologías digitales ofrecen un enorme potencial democrático. Pero también pueden ser una herramienta muy eficaz para reforzar ideologías que son todo menos que democráticas. En otras palabras, considero infundadas tan-

36 Sobre este tema, véase el breve, pero muy denso ensayo de N. Lettieri, *Antigone e gli algoritmi. Appunti per un approccio giusfilosofico*, Mucchi, Módena 2020.

37 A. Rouvroy, B. Stiegler, "Le régime de vérité numérique. De la gouvernementalité algorithmique à un nouvel État de droit", en *Socio*, 4, 2015, pp. 113-140.

38 Bernard Stiegler ha escrito páginas sobre el tema que, si bien no son fáciles de descifrar, tienen un gran interés, de las que recuerdo en particular B. Stiegler, *État de choc. Bêtise et savoir au XXI siècle*, Fayard/Mille et une nuits, París 2012. Algunos de los escritos de Stiegler sobre el tema, traducidos al italiano y precedidos de una excelente introducción de Paolo Vignola, pueden encontrarse en B. Stiegler, *Il chiaroscuro della rete*, Youcanprint, Tricase 2014.

to las visiones de una tecnología necesariamente salvadora como las tesis de quienes demonizan la era digital como fruto insidioso e incurable de la lógica del capital.

Lo que quiero remarcar es que estas tecnologías pueden y deben ser gobernadas políticamente. No hay nada de destino en la deriva a la que estamos asistiendo, pero necesitamos conciencia, conocimiento, apertura mental e imaginación para salir de la fase de negación de la política que estamos viviendo³⁹.

No fue la “Técnica” -un fetiche hipostasiado con la pretensión de justificar nostalgias imposibles- sino la post-ideología neoliberal y despolitizadora la que hizo posible los oligopolios que controlan la red. Estamos viviendo lo que podemos llamar, sin ninguna retórica, una “revolución”: pero, aunque sea una revolución en nuestra forma de vivir, pensar y ser, no es ciertamente una revolución democrática. En la inmensa mayoría de los casos, si hacemos una búsqueda en Internet, utilizamos el buscador de Google; si compramos productos en la Red, utilizamos los servicios de Amazon; si queremos interactuar con otras personas a distancia, utilizamos Facebook/Instagram/WhatsApp (la trinidad del imperio fundado por Mark Zuckerberg); si utilizamos un teléfono móvil, explotamos las potencialidades de los sistemas operativos Android (de nuevo Google) o Apple. La “distribución” se ha convertido en “concentración”, pero insisto: ha sido el resultado de una serie de elecciones deliberadas y absolutamente “políticas”⁴⁰.

La capacidad del capitalismo para soldarse al control del desarrollo tecnológico y sus aplicaciones se revela en sus expresiones más recientes: el “capitalismo de las plataformas”, o -para usar la expresión de Shoshana Zuboff- el “capitalismo de la vigilancia”⁴¹. Independientemente de las diferentes perspectivas desde las que se aborde el problema, las críticas dirigidas a este resultado comparten el análisis de la crisis de las instituciones democráticas y la degradación de la ciudadanía. La parábola de la ciudadanía moderna, en la que los individuos se movían dentro de comunidades políticas ante las que se sentían responsables, ha llegado a su fin. El ciudadano se ha convertido en un consumidor, un mero usuario pasivo de los distintos servicios que se le ofrecen, que expresa sus decisiones de la misma manera que expresa sus preferencias de compra. Y del mismo modo, por tanto, sus inclinaciones electorales pueden ser escrutadas mediante procesos de minería de datos.

Si la vida del usuario se proyecta cada vez más en la red, la dimensión política y jurídica individual también sufre el mismo destino. Asistimos así a una *datificación* integral de la personalidad, con consecuencias muy significativas en cuanto a la protección efectiva de las libertades y el ejercicio concreto de los

39 G. Preterossi, *La politica negata*, Laterza, Roma-Bari 2011.

40 Véase R. Forohar, *Don't be evil. How Big Tech betrayed its founding principles*, Currency, New York 2019. Aborda algunos puntos esenciales T. Wu, *The Master Switch. The Rise and Fall of Information Empires*, Atlantic Books, London 2013.

41 S. Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia: la lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder* (2019), Paidós, Barcelona 2020.

derechos fundamentales. Reducidos a hologramas que flotan en pantallas, los usuarios intercambian incesantemente datos e información sobre lo que hacen, piensan y viven. La existencia está totalmente “protocolizada” y, por tanto, convertida en controlable, continuamente vigilada por un panóptico digital: no se trata de una distopía futurista, sino de una realidad de facto, obligada por la ley no escrita de que el control del usuario es tanto más omnipresente cuanto más fácil es utilizar un dispositivo.

El espacio público se reduce así a una “red social”. El discurso democrático ya no es posible porque el usuario es estructuralmente afásico. No hay discurso, sino sólo opiniones: una regurgitación continua de “like “ que burbujan en un ciberespacio fragmentado y polarizado, donde la gente puede hacer resonar sus convicciones sin ninguna apertura al diálogo y, a menudo, con una violencia híbrida -suspendida entre lo virtual y lo real- pero no menos terrible.

La aceleración impuesta por la digitalización es ahora tan impresionante que, paradójicamente, se ha convertido en estacionamiento. El futuro ha sido engullido por un presente móvil. La velocidad de los cambios es tan rápida que parece que no hay más estrategias alternativas que la desvinculación, la irresponsabilidad, la precariedad y la provisoriedad.

Así que, una vez más, ¿no hay alternativa? Creo que la respuesta sólo puede ser política. Si renunciamos a la gobernanza democrática de la tecnología, estamos condenados a ser dominados por quienes llevan las riendas del desarrollo tecnológico. La revolución digital, que prometía más democracia, ha resultado ser el lugar ideal para el capitalismo rampante: un entorno artificial en el que el beneficio a cualquier precio está garantizado por los usuarios que producen datos incesantemente. El problema, en mi opinión, no es la digitalización. El verdadero problema es la pretensión capitalista de reducir todos los aspectos de la vida a datos computables. En su historia milenaria, la democracia ha adoptado muchas formas diferentes y ha generado muchos significados distintos. Ahora hay que encontrar una nueva forma y significado. La revolución digital no ha sido una revolución democrática, pero aún podría ofrecer -como ha escrito Bernard Stiegler- una extraordinaria oportunidad que, en el siglo XXI, tenemos que aprovechar desarrollando una tecnología paritaria que puede renovar profundamente la ciudad y la vida política y social, así como la ciencia y el conocimiento y, en su conjunto, la economía industrial⁴².

42 B. Stiegler, *Il chiaroscuro della rete*, cit., p. 64.